

da imputarle nuestras debilidades y pasiones; admirémoslo y adorémoslo en sus obras, y hagámonos dignos por nuestro afecto á todo lo que es bello, justo y bueno, del rango que nos ha concedido en el Universo, colocándonos en la cumbre de la creacion terrestre! Este es el papel que nos ha asignado en el mundo de las inteligencias, en el que tenemos nuestra distinta individualidad, como la tenemos en el mundo material. Y cuando llegue la hora en que los dos principios que están unidos en nosotros durante la vida, de una manera tan íntima, aunque cada uno pertenezca separadamente á uno de esos dos mundos diferentes, lleguen á aislarse uno de otro, abandonemos sin temor nuestro cuerpo á la tierra, y nuestra alma, libre é independiente, al porvenir que la espera, bajo la voluntad de Dios, en la infinidad del tiempo, del espacio y del universo.

LIBRO TERCERO.

CRIATURAS.

CAPITULO I.

LAS PLANTAS Y LOS ANIMALES.

Ya hemos dicho, pero es necesario repetirlo, que en el seno de la extension y de la eternidad, estas dos inmensidades absolutas, que no tienen ni principio ni fin, el poder divino ha dispersado una multitud de mundos, cuyo número es, sin duda tan infinito como el espacio y el tiempo, que pueblan los abismos.

Entre estos innumerables mundos, uno de los menos considerables es la tierra que ha-

bitamos: y sin embargo, vemos con profunda admiracion que la mano del Criador, ha deramado con maravillosa profusion, séres dotados de la notable facultad de obrar por sí mismos, de cuya facultad están privados los materiales que constituyen la masa inerte del globo, y que designamos con el nombre de fuerza vital. A las plantas dá el poder de alimentarse y reproducirse, mientras que los animales gozan además de el de moverse y sentir.

Por todas partes en la tierra, la vida se nos presenta bajo mil formas diversas, y vemos una inconmensurable multitud de animales y de plantas poblar su superficie, y los abismos de sus vastos mares. Viendo la tierra tan habitada, y pensando que no es mas que un átomo imperceptible en la inmensidad del Universo, no se puede dudar que los demás globos celestes no estén animados tambien por la presencia de una infinidad de séres vivos, cuya naturaleza y cualidades, especiales para cada uno de aquellos globos, no pueden concebirse por nuestra imaginacion, pero cuya existencia nos hace admitir la razon.

Sea lo que fuere de esa infinidad de crea-

ciones vivas diversas, que pueblan sin duda el Universo, la que cubre por todas partes la superficie de la tierra, se nos muestra como una prueba evidente de la voluntad de Dios sobre los destinos de este planeta, que quiso habitase una multitud inconmensurable de séres organizados. Remontemos por el pensamiento el curso de los siglos, y pongámonos en presencia de los primeros séres que existieron. No haciendo aprecio, por un momento, de su organizacion, podemos admitir, por suposicion, que Dios hubiera podido crearlos bajo tales condiciones, que habrian existido perpétuamente, y en este caso, es decir, en el de la persistencia de su duracion individual, todos esos séres, aun los mas ínfimos, ¿habrian atravesado los siglos, constantemente semejantes á sí mismos, sin caducidad, sin mortalidad y sin posteridad? Llegamos por esta hipótesis á la estraña idea de una creacion primera y única, cuyos individuos hubiesen persistido indefinidamente, sin cambios en su constitucion, y por consecuencia, sin ninguna necesidad.

Pero si de esta idea, tan contraria á la realidad, pasamos á la observacion de los hechos,

llegamos fácil y prontamente al conocimiento de la verdad.

La constitucion de los séres organizados, nos hace reconocer que su vitalidad reside en las funciones de cierto número de órganos, que son otros tantos instrumentos particulares, destinados cada uno de ellos á un trabajo especial, y por consecuencia obligados á sufrir un movimiento y una fatiga que no pueden hacerse sin gasto y sin conservacion. Justificamos entonces, que muchos de estos órganos, no tienen mas objeto que recibir sustancias estrañas, assimilarlas y reemplazar con ellas los materiales, que otros aparatos están encargados de hacer desaparecer del individuo, y que, del conjunto de estas funciones, resulta el maravilloso movimiento, por medio del cual, las materias que componen el cuerpo de un vegetal ó de un animal, son recibidas sin cesar, asimiladas, empleadas y reemplazadas por otros, cuando se entregan á su turno á un desperdicio que se continúa sin interrupcion. Los materiales que de esta manera son absorvidos incesantemente, por cada viviente, le son producidos por otros vivientes, organizados de una manera análoga.

Existen, pues, necesariamente á espensas unos de otros, y esta dependencia produce una de las leyes mas admirables de la naturaleza.

Todos los séres organizados se componen esencialmente de cuatro sustancias elementales designadas por la química bajo los nombres de carbono, oxígeno, hidrógeno y azoe, la primera sólida, y las tres últimas gaseosas. Para procurarse estos elementos necesarios á su constitucion, cada sér vivo se vé obligado á absorver las sustancias que los contienen, y que no pueden producirles mas que otros séres semejantes, que se las dan, sea directamente ó por la descomposicion que sufren sus evacuaciones, ó sus propios cuerpos. Los animales hervíboros viven del tejido ó del jugo de las plantas, y los carnívoros viven de la carne y de la sangre de los nervíboros, lo que quiere decir, que todos los animales obtienen su subsistencia de la de los vegetales. Estos á su turno se alimentan de fluidos que les producen los animales, y que toman en el aire y en la tierra. Estos fluidos alimenticios, son: el ácido carbónico, que encierra el carbono; el amoniaco, que contiene el azoe, y el

agua formada de oxígeno y de hidrógeno. Por la respiracion, por la traspiracion, por las espulsiones urinarias y escrementicias, y en fin á la fermentacion pútrida á que se abandonan los cuerpos muertos, los materiales que constituyen á los animales, se trasforman en fluidos, de los que forman la mayor parte el agua, el ácido carbónico y el amoniaco, y que entregados directamente á la tierra, ó conducidos á ella por la accion disolvente de las lluvias y de las nieves, llegan á servir de alimento á las plantas.

Así pues, los animales sirven para alimentar á los vegetales, como otros sirven para alimentar á aquellos. Este cambio continuo de sustancias constitutivas, produce este notable resultado, que las mismas cantidades de los mismos elementos químicos pasan constantemente de las plantas á los animales y recíprocamente, y que el cuerpo de cada uno de estos séres se forma de materiales, que cambian de lugar y se renuevan sin cesar, y de los que cada parte ha servido ya para la composicion anterior de millares de animales y de plantas que han vivido precedentemente. Vemos pues, que segun la constitucion de

los séres vivos, la necesidad de su alimentacion y la naturaleza de los materiales que exige, ninguno de ellos puede vivir sino á espensas de los demás.

De las precedentes observaciones, resulta, pues, este principio incontestable: la existencia de los séres organizados no puede efectuarse, sino por su recíproca destruccion. En este principio se encuentra implicada la ley de la muerte, para todos los vivientes, sin excepcion posible.

Por su muerte, cada uno de ellos vuelve á la naturaleza los materiales constitutivos que le ha prestado momentáneamente, y que antes de él, han servido á otros millares de individuos, para servir despues á otros millares. ¡Producir y destruir, para reproducir y destruir siempre! Esta es la ley de la naturaleza para todos los séres organizados, y es por la que se mantienen el equilibrio y la armonía de las existencias terrestres.

Así es que, reconocemos de una manera cierta, que ninguna vitalidad es posible en la tierra, sin que la muerte llegue á su turno. Los individuos primitivamente creados no pudieron ser destinados á una existencia per-

pétua, porque fueron organizados de tal suerte, que no ha podido continuar su vida sino por la destrucción recíproca á que están necesariamente sometidos.

A estas consideraciones sobre las necesidades del propio organismo de los vivos, se unen otras observaciones no menos seguras, para probar que han sido destinados á una existencia limitada y llamada á repetirse por la reproducción de individuos, semejantes á ellos mismos, ¿cómo admitir, en efecto, que el Criador, cuya infinita sabiduría nada ha producido que no fuese útil y necesario, habria dado á los seres organizados, instrumentos que no tienen mas uso posible, que el de la propagación, si no hubiese querido que esta fuese una ley de la naturaleza? ¿Y, cómo admitir que esos seres fuesen destinados á la reproducción, sin reconocer que esta no puede efectuarse, sino bajo la condición de que los individuos existentes, desaparezcan al cabo de cierto tiempo, para dar lugar á su progeneratura, cuando es tan fácil justificar, que no hay una sola especie, por ínfima que sea, que, abandonada á sí misma, sin destrucción, no

cubriria en pocos años, con sus individuos, la superficie entera del globo terrestre?

No es esto todo. Estudiando las divinas fases porque ha pasado la tierra desde el día de su formación, la geología nos enseña, que las razas animales que viven hoy, forman parte de una quinta creación de vivos, y que fueron precedidas por cuatro generaciones sucesivas.

Hace muchos centenares de millares de siglos, que la tierra salia apenas del estado de completa ignición, en el que, hasta entonces, se habia mantenido, no formando mas que una masa enorme de materia fundida por un inmenso calor. Una lijera costra solidificada, comenzaba á envolverla, y la disminución de la temperatura, permitió á los vapores que la rodeaban, hundirse en agua, y cubrir por todas partes, de mares calientes, numerosos y poco profundos, esa reciente superficie.

Algunas especies de zoofitos y de articulados poblaron inmediatamente aquellas aguas, tan diferentes de nuestros modernos oceanos, y constituyeron la primera creación viva, á que se unieron bien pronto los primeros molúseos y pescados. La continuación del aba-

timiento general de la temperatura, permitió á las aguas marinas irse enfriando poco á poco, y á la atmósfera, que hasta entonces habia sido oscura y opaca, purificarse bastante para hacer posible la existencia de los grandes reptiles marinos, cuyos tipos principales nos presentaban la ictiosaúra y la plesiosaúra. Reunidas despues las aguas en depósitos menos numerosos y mas profundos, descubrieron continentes mas vastos, y en los que ya se resentian las influencias de las estaciones y de la luz solar, que la atmósfera despejada dejaba llegar, en fin, hasta aquellos nuevos continentes. En aquella época aparecieron los primeros mamíferos herbívoros, de los cuales constituyen las especies características, los anaploterios y paleoterios.

A la raza paleoteriana que formaba la tercera creacion viva, sucedieron los primeros carnívoros y nuevas razas hervíboras, de las que podemos considerar como mas notables los mamnuts y los mastodontes. A estos es á los que ha sucedido la generacion que comprende al hombre y á las especies actualmente existentes.

La sucesion de todas estas diversas crea-

ciones, es tambien una prueba completa de la necesidad de la mortalidad y de la reproduccion de todos los séres vivos.

Despues de haber dirigido esta rápida ojeada sobre el conjunto de las criaturas que han poblado ó pueblan aún el globo, no nos ocuparemos de los vegetales, sino solo de las criaturas que están dotadas de inteligencia, y particularmente del hombre, y nuestro pensamiento se fijará únicamente, sobre ese principio inmaterial que realmente constituye la esencia misma de la humanidad.

CAPITULO II.

INDIVIDUALIDAD PERSISTENTE DEL ALMA.

Antes de volver á la cuestion de la inmortalidad del alma, trataremos de combatir una de las objeciones que opone el materialismo á la existencia de Dios, y por consiguiente á todas las creencias espirituales, que son su consecuencia.

A la prueba que he dado de un principio de existencia para nuestro sistema solar, y de la que resulta la necesidad de admitir su creacion por un Sér Supremo, los materialistas oponen el pensamiento siguiente:

“Decís que Dios, infinito, necesariamente ha existido siempre, y que ha presidido á la creacion de nuestro sistema solar, puesto que

encontrais en la constitucion de éste, que no ha aparecido sino en cierto momento de la eternidad; pero si es así, ¿qué hacia Dios antes de haber criado este mundo solar en que nos encontramos? Debia consumirse en sí mismo, en la infinita soledad del tiempo y del espacio.”

A esto responderemos, que demostrándonos la ciencia, la aparicion y desaparicion de ciertas estrellas, es evidente que se forman nuevas creaciones, aun en nuestros dias, y casi á nuestra vista. Pues siendo infinitos el tiempo y el espacio, Dios puede haber producido en toda eternidad, sucesivas creaciones de mundos, sin tener que entregarse á esa soledad y á esa ociosa inaccion que tanto los preocupa.

¿No comprendéis, les diremos, que tal preocupacion se funda en esa inclinacion fatal que tiene la humanidad, de querer apreciar á Dios, segun sus propias cualidades y su débil naturaleza? Nada sabeis de él, mas que por su obra, y os atormentais por lo que puede haber hecho antes ó en el momento en que la ejecutaba! ¿No es mas racional estudiar esta, y justificar si las pruebas de que no

ha existido siempre, de que no ha podido formarse por sí misma, que no ha podido organizarse espontáneamente, son suficientes para admitir que ha tenido necesariamente un Criador?—Si no podeis negarlo, creed, pues, en Dios y no os inquieteis por lo que ha podido hacer durante su eternidad! Además, os lo repito: ha hecho mundos siempre, y siempre mundos; y en estos mundos ha derramado sin cesar, vitalidades materiales nuevas y diferentes, así como inteligencias diversas y nuevas. Infinidad de mundos, infinidad de vitalidades corporales, infinidad de inteligencias; y ¿creis que no era esto bastante para ocupar el poder de ese Sér Supremo, al que teneis la presuntuosa debilidad de buscar una ocupacion para su eternidad pasada? ¿Por qué tantas obras? me direis. ¿Por qué? ¿Porque la *obra* es el resultado necesario del *poder*!

Admitiendo la existencia de Dios y de la inteligencia inmaterial, se presentan dos sistemas diferentes para la conservacion de esta última. Uno de ellos se funda, por imitacion sobre lo que pasa respecto de la materia de nuestro globo, en donde vemos esta materia for-

mar parte de una totalidad constante, de la que cada cuerpo, cada sér, no es mas que una fraccion que ha sido separada un momento para tomar cualidades especiales, pero que muy pronto pierde estas cualidades y vuelve á unirse al conjunto único de la materia terráquea. Así es como, segun los panteistas, pasan las cosas respecto de las inteligencias. Dios, no es para ellos mas que la inmensa unidad de todos los intelectos, y estos no se separan sino momentáneamente para volver muy pronto á confundirse de nuevo, despues de su separacion de los cuerpos á que fueron ligados para animarlos por cierto tiempo.

No obstante que esta idea es grande y bella, se apoya particularmente sobre lo que pasa en nuestro mundo terrestre, y quiere aplicar á la esencia de las inteligencias, lo que descubre en su esencia material. Pues bien, este razonamiento no está fundado en la verdad: porque si podemos concebir nuestro globo como una grande unidad, cuyas fracciones se separan momentáneamente en un modo de existencia especial, reconocemos inmediatamente que esta unidad, real para la tierra, se limita á esta solamente: que ésta

tierra no comprende, en manera alguna, su materia con la de los planetas y de los satélites que gravitan con ella al derredor de su sol, ni con la sustancia de éste; que cada uno de los globos de nuestro sistema solar tiene su existencia perfectamente distinta de los otros, y que sobre todo, este sistema está perfectamente aislado de los otros innumerables sistemas solares que forman nuestro firmamento.

Así pues, en el conjunto de los mundos cuya existencia descubrimos, todo es especial y distinto para cada uno y están separados enteramente para siempre unos de otros.

Si las diferentes materias de los mundos, no se confundien y están perfectamente aislados unos de otros, ¿por qué, pues, las inteligencias, que sin duda se hallan derramadas sobre esos mundos, se confundirían sin cesar entre sí y volverían siempre al abismo de una especie de depósito inmenso que constituiría la unidad? ¿Por qué admitir esa unidad del mundo de las inteligencias, cuando tan completamente falta en el Universo material?

Además, en los propios fenómenos terrestres, no hay analogía alguna entre las tres

formaciones parciales, que sufren sin cesar ciertas materias y esa gran absorcion de toda inteligencia en un *todo* único, en donde iría á sepultarse sin que quedase nada de ella, mas que el valor de una inapreciable fraccion.

El sistema panteista carece, pues, completamente de esta base, que busca en pretendidas analogías con la naturaleza material, puesto que estas analogías, no solamente no existen, sino que se presentan por el contrario, en el sentido opuesto; es decir, en el aislamiento y la separacion perpétua de las innumerables unidades de materia derramadas en el Universo, en el estado de globos celestes.

Volviendo á lo que pasa solamente en la tierra, examinemos la vitalidad del hombre, compuesta de un cuerpo organizado y de una inteligencia inmaterial. En su cuerpo, todo se gasta y renueva constantemente, y la materia que lo forma, no es mas que una reunion de partes muy diferentes unas de otras, que en su constitucion sufren cambios y variaciones continuas; su inteligencia, por el contrario, es *una* y permanece *una*, sin renovacion de ninguna especie. Y mientras que

durante toda la vida de este hombre, y en medio de las trasformaciones incesantes que sufren las diversas partes de su cuerpo, su alma es *una* y goza de una individualidad tan absoluta, perderia repentinamente, cuando abandona este centro en donde se han verificado tantos cambios á su al rededor, sin poder alterar su inmutabilidad, repito que perderia repentinamente esa individualidad tan absoluta hasta entonces, y esto en el mismo momento en que se separa de esa materia tan cambiante y privada de persistencia. ¿No es evidente qué si ésta individualidad hubiese podido ser ofendida, habria debido serlo, mientras estaba unida á una materia alterable y sometida á incesantes sustituciones, mas bien que en el momento de separarse y quedar libre? Entonces, ciertamente, su individualidad debe ser mas absoluta que nunca, y libre de todo lazo, debe desprenderse mas perfecta de lo que ha podido serlo antes.

Pueden agregarse numerosas consideraciones morales en apoyo de lo que acabamos de decir á favor de la individualidad persistente del alma humana, despues de la muerte. Podria apelar en primer lugar, á la creencia

casi universal en la inmortalidad del alma, tal como se comprende en las diversas religiones de todos los pueblos; mas solo quiero atenerme á otro órden de razonamientos.

¡Dios existe! Ha creado al hombre y le ha dado la facultad de concebir los mas altos pensamientos, los sentimientos mas elevados, los afectos mas tiernos y mas apasionados. Estos sentimientos, estos afectos sobre todo, se refieren en su mayor parte á objetos, cuya existencia terrestre es perecedera; así fué el amor inefable de una madre á sus hijos, la ternura tan pura de los niños á sus padres, los lazos que unen á los esposos, y cuya necesaria duracion basta, á la prolongada educacion de sus vástagos y á la conservacion de la especie humana, la santa amistad que sirve de lazo á los corazones nobles, todas estas pasiones que llenan nuestras almas, y que son uno de los dones mas preciosos que Dios nos ha otorgado, recaen en séres cuya existencia tetrestre está destinada á un fin inevitable. ¿Podriamos creer que este fin de la existencia material de los séres animados con tanto amor, sea la terminacion fatal de estos sentimientos que Dios mismo ha puesto en nues-

tras almas, y que no nos los ha dado con tanto poder, sino para romperlos violentamente para siempre, por la muerte de esos seres amados? ¿Quién de entre nosotros, doblegándose bajo el peso de su dolor, por la pérdida de una madre, de un padre, de una esposa, de un hijo, de una amante, de un amigo, no escucha esa grande y misteriosa voz de la naturaleza, que le dice que aquella pérdida no es mas que una separacion momentanea, y que el objeto de los crueles pesares que destrozan su corazon, se encontrará en un mundo mejor?

Si no queremos confiarnos á este sentimiento íntimo, tan profundo en la mayor parte de los hombres, y solo queremos atenernos á la fria razon reconocerémos que la grandeza de los afectos que Dios nos ha dado, seria un don muy fatal y contradictorio, con la idea que debemos formarnos de su sabiduria, si la muerte nos robase para siempre los objetos de nuestro cariño. Y fijémonos en que las naturalezas mas nobles, ardientes y generosas, son las que prueban mas vivamente estos sentimientos tan preciosos para nuestras almas, y que serian ellas por consecuencia, las

que se someterian al golpe mas cruel, si la muerte debiera romper para siempre aquellos sentimientos. ¡Dios nos heriria tanto mas fuertemente, cuanto mas dignos fuésemos de obedecer sus leyes que son todas de afecto, de amor y de abnegacion! ¿En dónde estaria pues la justicia y sabiduría de ese Ser Supremo, que no puede ser sino justo y sábio, puesto que es Todopoderoso? La razon se une pues á nuestro sentimiento íntimo para convencernos de la persistente individualidad de las inteligencias.

¡Dios existe! Ha creado al hombre, designándole determinadas funciones, á la cabeza de su creacion orgánica sobre la tierra; le ha dado la libertad y por consecuencia la facultad de desempeñar bien ó mal el papel que le ha destinado. ¿Cómo pues, este Dios, en cuyas obras encontramos tanta sabiduría, habria podido abandonar las inteligencias humanas á toda su libertad, sin que hubiese de su parte ninguna responsabilidad de sus actos? ¿Cómo habrian sido falazmente imbuidas nuestras almas en los sentimientos de justicia, de que se hayan tan profundamente penetradas, que toda accion debe tener su consecuencia,

su recompensa, el bien; y su represion el mal, y para todas las acciones de nuestra vida no habria ninguna responsabilidad? ¿Perdiendo la individualidad de su alma, despues de su muerte, el hombre malo, y el hombre de bien, se encontrarian, el uno sin recompensa y sin represion el otro? ¿El primero habra quebrantado todas las leyes de Dios, el segundo se habra sacrificado con todo el poder de su alma, y los dos perdiendo su individualidad espiritual, serian igualmente admitidos en el seno de la grande unidad divina, que comprenderia y reuniria incesantemente todas las inteligencias? No, no puede ser, y para admitirlo, seria preciso suponer que no hay bien moral ni mal moral, lo cual examinaremos mas adelante; pero entretanto, y fundándonos sobre el principio del bien y del mal, diremos que no puede haber un destino igual, por la negacion de toda responsabilidad de sus acciones, para el justo y para el culpable, para el hombre de bien que se ha sacrificado por el bien de sus semejantes, y para el tirano que los ha pisoteado; para el corazon tierno y generoso que ha obedecido todos los santos afectos de la naturaleza, y para el

criminal que ha ultrajado todas las leyes divinas y humanas!

Evidentemente está destinado el hombre á vivir en sociedad: como no puede existir ninguna sociedad sin que reinen en ella ideas de justicia que garanticen la seguridad de sus miembros; estas ideas, deben haberse puesto por el mismo Dios al alcance de las inteligencias humanas, puesto que son necesarias al estado de sociedad á que está el hombre destinado. Y como éste ha sido llamado por Dios á conocer y apreciar las leyes de lo justo y de lo bueno; es libre, en su voluntad, para obedecerlas ó para infringirlas, y obrando de este modo, tiene el conocimiento de sus acciones; es, pues, responsable de ellas, y no podemos razonablemente admitir una justicia divina, suprema, que no hiciese aprecio de esta responsabilidad, consecuencia necesaria de la libertad, y que daría un mismo destino á los buenos y á los malos, lo que precisamente sucederia, ya fuese por la destruccion del alma despues de la muerte, ó por su absorcion en la unidad de las inteligencias, lo que acaeceria forzosamente, si no hubiese

una individualidad persistente del alma humana.

¿Qué sucedería con esos millones de almas humanas, que han habitado la tierra? se me preguntará. ¿Y todas esas inteligencias que, según decís, pertenecen también, en grados más y más reducidos, á los animales, qué se harán? ¿Y qué hareis con todas las demás inteligencias de las que creis que están poblados los otros mundos celestes, ó más bien qué hará con toda esa multitud de espíritus tan diferentes, el gran Sér que llamais Dios?

En verdad, contestaremos, que lo juzgais según vuestra medida; y temeis que le falten los mundos, el espacio ó el tiempo, para darles nuevos destinos? ¿O temeis, tal vez, que no sepa que hacer, por falta de sabiduría? ¡Olvidais siempre lo infinito, lo infinito del tiempo, lo infinito del espacio, lo infinito del Universo y lo infinito de Dios!

Confíad en el poder de ese Dios, del que tenéis pruebas tan espléndidas y majestuosas, y sin preocuparos de los medios que emplee para mantener el orden de su creación, contentaos con estudiar seriamente esta, en lo

que tiene de sensible para vosotros, y ved si podeis concebir la idea del Universo sin creer en Dios, y si podeis creer en Dios, sin admitir como consecuencia inevitable de esta creencia, la inmortalidad real del alma, es decir, la individualidad persistente después de la muerte.